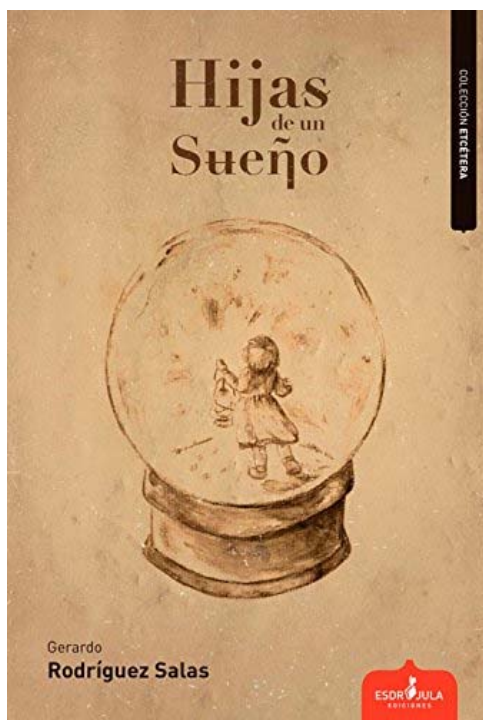


**GERARDO RODRÍGUEZ SALAS**

***Hijas de un Sueño***

Granada: Esdrújula Ediciones, 2017.

ISBN: 978-84-17042-52-3.



Confieso que soy de pueblo y que vivo en un pueblo y que, aun así, había olvidado lo que un pueblo puede herirte o, por el contrario, acariciarte. A golpe de asombro, la certera y sugerente prosa que borda los relatos de *Hijas de un sueño*, el sobresaliente debut literario de Gerardo Rodríguez Salas que ha sido hermosamente prologado por la receptora del premio Nacional de Poesía de 2016 Ángeles Mora, se lo recuerda al lector—o se lo presenta por primera vez, que también puede ser el caso. En la colección de relatos, *Candiles*, se erige como un gran pueblo mítico, como cada uno y todos los pueblos del sur de España—el gusto por la gracia de la lengua, que Rodríguez Salas invoca de maravilla, así lo atestigua. Y esto es así porque *Candiles* contiene lo bueno y lo

malo de un pueblo, pero elaborado desde una perspectiva atávica lo que hace que el lector sienta que su alma, en su latido más profundo e íntimo, procede de un lugar similar ¿Pero qué nos dice su autor de la vida en *Candiles*, de sus luces y de sus sombras?



Una de las luces es de clara filiación lorquiana y sabe a duende: vivir en Candiles es mirar a la muerte de frente, de tú a tú. Es atender al amplio espectro de disneas que la anuncian, aceptar su suavidad y su tragedia. Es, en fin, entender que la vida y la muerte no se pueden separar. Esto ya queda patente en el renglón que abre el primer relato, cuyo título coincide con el de la colección: “Cuando la abuela nació el mundo empezó a morir”. Vida y muerte: el espejo irreversible. Si bien es en este relato donde la muerte tiene un protagonismo mayor, *Hijas de un sueño* exuda *fatum* por todos sus poros, un *fatum* que “En la cueva” nubla los recuerdos de su protagonista enferma y en “Todas las almas” encarna en las lápidas de los cementerios que es desde donde se cuenta la vida. En Candiles, en fin, sus habitantes no le apartan la mirada a la muerte-vida.

Otra de las luces de *Hijas de un Sueño* y su Candiles es la sutileza con la que su autor le da voz y presencia a la naturaleza—sin este elemento un pueblo no es un pueblo. De hecho, los relatos cuentan con varias epifanías panteístas de lo más deliciosas como las luciérnagas que alivian la muerte de la madre en “Hijas de un sueño”. De modo similar, en “Lagartijas” la contemplación de un cielo estrellado en una noche de invierno, suntuosa de escarcha, alimenta reflexiones sobre lo humano y lo divino, a la par que nos invita a comprender nuestro lugar en el universo y religarnos con él.

La celebración de la mujer quizá sea la luz que Rodríguez Salas hace brillar con más fulgor en su pueblo imaginado. En Candiles, pero en los pueblos de España también—Almodóvar lo evidencia con gran tino en *Volver*—, las mujeres tejen redes de solidaridad. A veces son estas para evitar que unos milicianos, en lo que parece ser la Guerra Civil, le esquilmén la despensa a una vecina (“Aceite y Jabón”). Otras veces para acoger y darle calor a alguien que viene de fuera (“La lámpara”) o para denunciar el machismo que, con frecuencia, lacra lo rural. Esto último sucede en “Doce mariposas”, un logradísimo relato, donde el autor resalta en tono onírico la valentía de doce mujeres que desafían todas las reglas sociales y se separan de sus maridos en algún momento en el que la Inquisición todavía operaba en España.

Pero Rodríguez Salas no idealiza el pueblo, no. Es justo también con su lado más sombrío. Y su denuncia más clara, por la crudeza empleada, discurre por los territorios del género. Si anteriormente señalaba la solidaridad entre mujeres como una luz de los pueblos, no es menos cierto tampoco que, con frecuencia, dicha solidaridad se hace necesaria debido a la asfixia a la que el patriarcado somete a las mujeres. En “Doce mariposas” los maridos muelen a palos a sus esposas sin ningún tipo de reparo. En “Retales” la vida de un mujer soltera—Rosita, otro afortunado guiño a Lorca—es irrespirable pues es el hazmerreír del pueblo. En “Babel”—una de las joyas de la colección—el tono antimachista de los dos relatos anteriores deviene *queer* en su celebración de la confusión de géneros: el autor entrecruza heterosexualidad, homosexualidad, transgénero, travestismo, maternidad (¿o es paternidad-maternidad y, además, a quién le importa?) configurando una babel de orientaciones, una gloriosa celebración de la diferencia y

la posibilidad, que le saca los colores a las posturas binarias en cuanto a la concepción del género se refiere. Si, por un lado, Rodríguez Salas deja claro que Candiles no es lugar para personas con géneros fluidos—el tema también de “A la vuelta de los sueños” y su Orlando—ya que a estas personas se las insulta, e incluso se las viola, viéndose, por tanto, obligadas a dejar el pueblo, el autor también nos recuerda que a los pueblos hay que volver para espabilarlos. ¿Por qué si no acaba el relato con un grupo de transexuales, travestis y *drag queens* volviendo a Candiles para ponerse el mundo por montera?: “Libre. Libre como el viento. La purpurina brilló bajo el sol cegando al gentío y los tacones retumbaron en las calles del pueblo. La legión caminó hacia Babel con paso firme”.

Si Candiles, y por ende la vida en los pueblos, tiene luces y sombras, *Hijas de un sueño* tiene solo luces. Su prosa—que embelesa—, la macroestructura que cohesiona los relatos—algo muy destacable para una primera obra—y la lucidez de los universos que Rodríguez Salas levanta, hacen que recomiende esta lectura sin condiciones. Al cabo, invito a los lectores a que permitan que Candiles les hable. Escuchen, por favor, lo que Candiles tiene que decirles y ya deciden ustedes si se quedan o si se van. Cualquiera que sea la decisión que tomen, les aseguro que no será fácil—una vez más mérito incontestable del magnífico quehacer literario de su autor.

**PEDRO ANTONIO FÉREZ MORA**

UNIVERSIDAD DE MURCIA